

## LA SEMANA SANTA EN EL CORAZON DE LOS GIENNENSES (\*)

A modo de pregón  
Por Felipe Molina Verdejo

Cualquiera de vosotros, cualquier mujer o hombre de Jaén, los que viven en él y los que residen fuera, los que en él nacieron y los que vinieron a él de otras latitudes, no importa si es JAÉN el que vive, nace y renace continuamente en sus corazones; cualquiera de vosotros, digo, podría estar hoy aquí, donde estoy yo con menos mérito que cualquiera, y ejercer, con más oficio que yo, éste que se me ha encomendado de pregonar la Semana Santa de Jaén de 1981. Nuestra Semana Santa.

Porque no se trata de dar pública noticia de lo que todos deben saber, de lo que todos saben. No consiste este pregonar en ir diciendo a voces que en la próxima semana, Jaén, todo Jaén, va a alterar su ritmo de vida, a desajustar sus horarios, a interrumpir en parte, sus laboreos, a mudar, también en parte, el contenido de sus ocios. No consiste en anunciar a propios y a extraños que en estos días venideros, Jaén va a convertir sus templos en calles frecuentadas y sus calles, en templos atestados. Ni menos puede consistir en convocar a ausentes o disidentes, curiosos o descuidados para que acudan como espectadores en solaz o como estudiosos de costumbrismos o de antropologías, a abarrotar nuestros hoteles, a vaciar de recuerdos nuestras vitrinas o a llevarse en la retina de sus máquinas fotográficas luces y sombras, imágenes y planos, por mucho que de ello nos holguemos si viene a ser consecuencia secundaria de otros más altos objetivos.

Ya tienen estos acontecimientos numerosas señales que les preceden, numerosos signos que los anuncian. Les precede una sutil transformación de la naturaleza, un especial colorido del aire, unas resonancias y unos ecos que llenan nuestros atardeceres de homofonías. Les precede un hermoso

---

(\*) Pregón de la Semana Santa de Jaén, pronunciado en el año de 1981.

désasosiego de hombres y mujeres que han echado sobre sus espaldas la responsabilidad de reunir, coordinar, reparar, mejorar todos los múltiples elementos, personales y reales, que estructuran esta manifestación sensible de fe y de piedad que es nuestra Semana Santa. Esos carteles profusamente repartidos por toda la ciudad y también fuera de ella; esas convocatorias de las Cofradías a sus cultos penitenciales, todo ello son signos que nos vienen anunciando desde hace muchos días, la proximidad de esta peculiar y específica exteriorización del espíritu auténtico e inalterable de nuestro pueblo.

Pero el pregón de Semana Santa no puede consistir en esta sola proclamación. Pregonar la Semana Santa, y la Semana Santa de Jaén, ha de ser, ante todo, el testimonio emocionado de una emoción colectiva. Ha de ser la manifestación en la boca del pregonero, del sentimiento latente en el corazón de todos. Ahondar en el propio corazón y sacar de él todas esas emociones que son compartidas por los demás. Y hacer de ellas una sola voz, un grito que pueda sonar en los labios de todos, de manera que todos sean también pregoneros de una universal emoción.

Por eso he dicho antes que cualquiera de vosotros podría estar ahora aquí para dar ese testimonio emocionado. Porque cada uno de vosotros, los que estáis aquí presentes y los que estarán presentes estos días en nuestros templos y en nuestras calles; los que desfilarán en las procesiones y los que verán pasar nuestras imágenes sagradas y se enjugarán, con más o menos disímulo, una lágrima y pronunciarán, con más o menos ortodoxia, una oración, todos hacen, todos hacemos nuestra Semana Santa. ¡Es éste un orgullo, un privilegio de nuestro pueblo que no se nos puede negar —y que no se le puede ignorar—! Cada año se manifiesta más extensa y más intensamente, porque la conciencia íntima e infalible del pueblo descubre que ahora, más que nunca, es necesario testimoniar la fe, el amor y la esperanza que informó la vida de sus antepasados, su propia esencia, su manera de ser; que ahora es más necesario que nunca recoger ese legado y transmitírselo íntegro a las generaciones que nos suceden.

La Semana Santa es de todos, la hacemos todos. Si yo tuviera que hacer un cartel literario que anunciara nuestra Semana Santa, que dijera lo que ella es y lo que representa, lo haría así:

Ni esos Cristos sublimes o angustiados,

cargados con la Cruz, o en ella muertos,  
ni esos rostros de Vírgenes abiertos  
en surcos a la pena y desolados;  
ni esos tronos en oros incendiados,  
ni esos mantos espléndidos cubiertos  
de estrellas, ni los áticos conciertos  
de tubas y clarines afinados,

dicen —siendo por sí tan decidores—  
lo que es entre mi gente labradora  
la Semana Mayor de sus amores.

¡Es un pueblo que reza, canta, llora,  
bajo el signo que alzaron sus mayores  
de una nueva esperanza redentora!

Ese sería mi cartel. Y mi pregón no puede ser otra cosa que un desesperado intento de expresar con versos torpes vuestra emoción limpia. Convertirme en intérprete de vuestros sentimientos, identificar con ellos mis propios sentimientos, contemplar aquí, ahora, nuestras procesiones; vivir aquí, ahora, un poco la emoción de cada día de nuestra Semana Santa.

Desde el pórtico encantador y bello del próximo domingo. Así:

### PALMAS Y OLIVOS

El Domingo de Ramos,  
el corazón de los niños es una fontana:  
en las manos les brotan surtidores de oro  
que desmelenan el viento azul de la mañana.  
Las calles son un cémbalo sonoro.  
El Domingo de Ramos,  
las niñas tienen alma de azucena  
y en sus manos verdean los vestugos de olivo.  
El aire es un arpa de cristal y suena  
con las notas brillantes de un recitativo.  
El Domingo de Ramos,

en los labios madrugan cánticos triunfales  
y hosannas viejos. Y estrenan viejas ropas  
como los gritos blancos que alzan los almendrales  
en el milagro nuevo de sus floridas copas.  
El Domingo de Ramos,  
ese último asnillo que aun blanquea  
su pelambreira gris al sol de estio,  
sueña con su lejano hermano de Judea  
y se le riza el lomo con largo escalofrío.  
Y trota locamente en los alfoces,  
aparejado con lienzos de almazara,  
por si otra vez, la Voz entre las voces,  
para ser su montura lo llamara.  
El Domingo de Ramos,  
suben desde los pagos campesinos  
a la Ciudad que hunde sus venas en las rocas,  
pegujaleros tristes, igual que peregrinos,  
con mucha sed de verbos en las bocas.  
Y al paso del Señor de la Mulilla,  
entre las palmas de dorados flecos,  
doblan sobre el asfalto su rodilla  
y piden agua para sus campos secos.  
El Domingo de Ramos,  
la Ciudad se hace niña y se enamora  
de ese amable Rabino del jumento  
que baja por sus cuestras, la contempla... y llora,  
¡llora entre hosannas, como un presentimiento!

Ya hemos franqueado el pórtico luminoso de la gran semana de Jaén. Vienen ahora esos cinco días densos, agotadores; días de cuerpos fatigados y de almas soliviantadas, porque nadie querrá renunciar a ser una vez y otra, y otra, apasionado actor, emocionado espectador de esa representación dramática que son los desfiles procesionales de nuestras insignes, ilustres, reales y fervorosas cofradías.

¿Cómo renunciar el Lunes Santo a contemplar, desde todos los ángulos y enfoques que sean posibles, esa imagen del Cristo de la Misericordia

que avanza a hombros de jóvenes, que camina entre la ordenada fila de caperuces blancos, albas derramadas desde cúpulas de nieve sobre la noche negra de los mantos?

Este año, que la Ilustre Cofradía de los Estudiantes, (¡qué hermosa disciplina estudiarán este lunes!), inaugura itinerario, el desfile ha de tener momentos de una belleza arrebatadora.

Digamos uno, por ejemplo: cuando baje la procesión por la pendiente calle Madre de Dios, de tan entrañables recuerdos para el que os habla.

Permitidme que imagine a uno de esos estudiosos plantarse delante del trono de su Cristo y decirle, a modo de oración o de saeta, como él quiera, estas palabras que yo le he aprisionado en la caja estrecha de un soneto:

Me conmueve mirar tus pies clavados  
y esa cárdena flor de tus rodillas,  
me conmueve mirarte las costillas  
queriéndose escapar de tus costados.

Me conmueven tus brazos desmembrados  
y el lívido color de tus mejillas,  
y esa sangre que manan las astillas  
por entre tus cabellos derramados.

Me conmueven tu espanto y tu agonía,  
me conmueve tu carne atormentada,  
tu afrenta, tu dolor y tu amargura.

Pero conmueve más al alma mía  
descubrirte, Señor, en la mirada  
tanta paz, tanto amor, tanta ternura!

¡Martes Santo! Ya empieza a tener nuestra Semana Mayor su carácter multitudinario. Ya empieza a ahondar en los sentires de esa gran parte de nuestro pueblo que aun puede presumir de ser tradicional y de conservar las

esencias más puras de un jaenismo por encima de todas las innovaciones y todos los cambios.

La procesión del Martes Santo sale de la Magdalena. ¡De la Magdalena!, como si dijéramos: sale del crisol de nuestra Ciudad.

Es una procesión hermosa, completa, de imágenes de enorme mérito artístico. Ofrece perspectivas únicas, porque recorre los lugares más entrañables y bellos de toda nuestra geografía ciudadana. Torres roqueras, torres catedrales, murallas, fachadas palaciegas van a prestarle un insuperable telón de fondo. Desde cualquier rincón, desde cualquier empinada calle que la veamos pasar, levantará en nuestro ánimo un sentimiento de gratitud hacia aquellos hombres que, llenos de fe, llenos de amor a su tierra, hicieron posible, hace ya largos años, este desfile.

Pero yo diría que el momento más emotivo de la procesión, el que está más cargado de esencias populares, es el del regreso, el de la entrada a su iglesia. ¿Quién no ha estado allí un Martes Santo? ¿Qué jaenero no ha sentido estremecerse el alma al escuchar ese lamento, ese grito de la saeta disparada directamente al corazón por los mejores saeteros de nuestra guarnición cantaora?

No sé si este romance que voy a decir podría evocar ese momento emocionante.

Umbral del templo. La noche  
tiene pinceles de llamas  
que van pintando en silencio  
paralelas rojigualdas.  
Muros de ceniza y cobre  
copian sombras que se alargan  
con ingravidez de espíritu  
en cretenses pinceladas.  
Los cuchillos de la brisa  
quiebran nubes de fragancia  
que cuelgan de negros hierros  
botafumeiros de plata.  
El yunque de los tambores

forja la armadura blanca  
que llevan los penitentes  
ceñida bajo las capas.  
En su carro de promesas  
entra, despacio, en la Plaza  
un Nazareno rendido  
bajo el peso de su carga.  
Y de pronto, única y sola,  
flecha estremecida, lanza,  
sonoro dardo que hiere  
con su filo de palabras;  
no una voz: alma desnuda,  
no del pecho ni garganta,  
del corazón, muy adentro,  
brota, surge, llora y canta,  
clarín de amor, la saeta,  
requiebro, grito, plegaria,  
claro surtidor que sube  
a las estrellas y baja  
hecho cristal tembloroso,  
y se quiebra y se levanta,  
y se hace sombra en las sombras,  
y claridad en las llamas,  
y perfume en los inciensos,  
y lividez en la cara  
del nazareno que escucha...  
...Jesús escucha y se para,  
se para como el aliento  
contenido en mil gargantas,  
cortadas de escalofríos  
en la mudez de la Plaza.

Lleguemos al Miércoles Santo. ¡Qué cuajada está ya nuestra Semana Santa!

Este año, la Hermandad de Jesús del Perdón, que antes ofrecía la esplendidez de su desfile la tarde del Domingo de Ramos, lo ha incorporado

a los otros dos que, tradicionalmente, ocupan la tarde y la noche del miércoles. Sabia decisión. Creemos que es este día, inmediato ya a las dos grandes fechas de nuestra liturgia de pasión, el que debe acoger el desfile por nuestras calles de esas imágenes que, aunque modernas, ya están enriqueciendo nuestro valioso acervo artístico-religioso.

Vamos a contemplarlas en ese instante inefable de su parada ante la Prisión Provincial, en el momento en que, tradicionalmente, se daba libertad a un recluso.

Quizá alguno de nosotros, cuando cese ya el eco de la última saeta, podríamos meditar ante ese Jesús preso que perdona, que libera. Podríamos meditar, como meditó muchas veces con los ojos llenos de lágrimas Antonio Donaire, el último Gobernador de la Cofradía, que este año va a ver "su procesión" desde un alto balconaje, sin lágrimas ya en los ojos, pero con un amor en su alma liberada de todas las prisiones.

Señor: ¡que extraña comedia  
ésta en que de forma tal,  
queda libre el que hace el mal,  
y preso el que lo remedia!

¡Qué juicio disparatado  
éste, que deja, Señor,  
suelto al Odio y al Amor  
con tales cuerdas atado!

Al espanto cedo vez,  
¡ay Cristo mío! cuando veo  
que corre a su antojo el reo  
que queda en prisión el Juez.  
¿No ves que están, ojos bellos,  
nuestros papeles mudados?  
¡Siendo yo el de los pecados,  
a tí te prenden por ellos!

Siendo yo quien cometi  
tantas calladas locuras,



esas crueles ataduras  
me vienen mejor a mí.

Que a estas representaciones  
de andar siempre maniatado,  
me tiene ya acostumbrado  
mis desatadas pasiones.

Manos que tanto se dan  
a pecar desordenadas,  
bien merecen ser atadas  
como manos de rufián.

Pero tus manos serenas,  
si tantos bienes hicieron,  
¿por cuál de ellos merecieron  
el peso de esas cadenas?

De vuestros juicios arcanos,  
Cielos, ¿ya que temeremos,  
si de esa manera vemos  
a Dios atado de manos?

No podemos detenernos. Merece la pena que nos apresuremos, porque ante la fachada renacentista de nuestra Iglesia Mayor hay un Cristo crucificado que nos va a ofrecer, por sí solo, toda una síntesis emocional y artística de nuestra Semana Santa. ¡Un Cristo labrado por un hombre de nuestra tierra, levantado por hombres de hoy y “abarcando el mundo” con sus brazos desde el mismo dintel de ese templo que es símbolo específico de toda nuestra Provincia!

Veremos desfilar esta elegante, clásica y solemne procesión del Cristo de la Buena Muerte y nos entusiasmaremos sin duda, con la contemplación del paso, animadamente escénico, del Descendimiento. Y nos emocionaremos profundamente con la visión de esa Piedad que mira, angustiada, “en el lecho virginal de sus rodillas, al fruto de su flor, quebrado y muerto”.

Y ahora llegamos a una de las escenas más bellas, más bellas, más au-

ténticas, más profundamente humanas de toda la representación del Drama que nos redimió. La procesión del silencio. Yo la he visto así, la he sentido así:

¡Noche de Miércoles Santo!  
¡Noche de Jaén ascético,  
el de renunciás y olvidos,  
silencioso y auténtico!

De las torres roqueras,  
de las torres baja el silencio;  
de los pinos oscuros,  
de los pinos brota el silencio;  
de los campanarios altos  
sin campanas para el vuelo,  
—un silencio de bronces—  
rueda el silencio.  
Por las celosías  
de todos los conventos,  
¡arruinados conventos!, se derrama  
un largo silencio,  
De los olivares,  
los olivos lejos,  
sube agazapado  
un silencio negro.  
El silencio es el aire,  
y el aliento.  
El rumor de las fuentes  
es silencio;  
el eco de los pasos  
es silencio.  
Y las sombras  
que nublan los contornos de los cuerpos,  
y el temblor de los párpados que escapan  
de los nidos del sueño.  
La voz, la lágrima,  
el estremecimiento,  
el júbilo, la duda, la certeza,

y la audacia y el miedo,  
la ambición, el orgullo...  
¡todo es silencio!,  
¡todo es silencio!  
    ¡Noche de Miércoles Santo!  
    ¡Callado Jaén auténtico!

El aire, quizás el aire  
vuele angustiado de gritos.  
    ¡Y no los oímos!

El cristal de las saetas  
sigue quebrando sus filos.  
    ¡Y no los oímos!

Los cascos de los corceles  
vienen clavando su ritmo.  
    ¡Y no los oímos!

El metal de las trompetas  
brilla, sonoro, entre cirios.  
    ¡Y no los oímos!

Las varas de los doseles  
van argentando sonidos.  
    ¡Y no los oímos!

Que la noche santa tiene  
hipotecado el sentido  
para un desfile de sombras  
en penitencia de siglos.

Por las calles, el silencio  
y la Humildad.  
Las tinieblas por las calles  
y una sola claridad.

Atados a una cadena,  
cien hombres pidiendo van  
calladas misericordias  
por cada paso que dan.  
    Por las calles, el silencio  
    y la Humildad.

Cien corazones golpean  
los pechos por dentro y van  
copiándole a los tambores  
el ronco trueno que dan.

Las tinieblas por las calles  
y una sola claridad.

Las lenguas de cien faroles  
trazando en la noche están  
los encendidos railes  
por donde los ojos van.

Por las calles, el silencio,  
y la Humildad.

Riberas de mudas sombras  
asombrado cauce dan  
a tan insólito río,  
a tan nuevo caminar.

¡Cien hombres que a una cadena  
ceñidos, llorando van!

Las tinieblas y el silencio  
y una sola claridad:  
¡la de los ojos cerrados  
del Cristo de la Humildad!

Intentar describir lo que es nuestra ciudad un Jueves Santo, es una tarea superior a mis pobres recursos. Habría que recurrir para describirlo a la pluma brillante de Rafael Ortega Sagrista, o tendríamos que repetir este año lo que tan maravillosamente nos decía el pasado año mi amable presentador, Manuel López Pérez, que hizo una formidable, emotiva, bellísima descripción de lo que eran, en otros tiempos, las mañanas de nuestros Jueves Santos.

Es cierto que hemos perdido para siempre aquellas maneras entrañables, provincianas y sencillas de manifestar nuestra religiosidad. Hoy son otros tiempos, un aire de cosmopolitismo, un temor de que se nos pueda considerar retrogradados, inmovilistas, ha barrido de nuestra atmósfera muchos aromas que ahora aspiraríamos con fruición. Sin embargo, ahí está todavía nuestro pueblo que llenará, que inundará nuestras calles, que esperará lar-

gas horas de pie, arracimado, subido en los lugares más inverosímiles y difíciles para contemplar el paso no de un gran hombre público, no de una celebridad del deporte o del espectáculo, sino de unas imágenes religiosas, de unos penitentes encapuchados o de una nutrida fila de mujeres y de hombres del pueblo, de todas las clases sociales, que caminan tras los Cristos, tras las Vírgenes de su devoción y de su fervor.

Puede ser que a algunos de estos espectadores, lo que les atraiga y retenga sea más la curiosidad, la novedad de un acontecimiento que sólo se da de año en año; la vistosidad externa de los carros, la belleza puramente artística de las imágenes... Pero otra inmensa mayoría está ahí porque "saben" lo que es y lo que representa para ellos y para los suyos estos días culminantes de nuestra Semana Santa.

Están ahí, lo subrayo con énfasis, porque quiero hacer resaltar el hecho de que su sola presencia es ya una afirmación de su fe, de su sentimiento religioso, en contraste con la actitud de aquellos otros que "huyen" digámoslo empleando su propio verbo, de estos tumultos callejeros, de estos agotadores días.

Están ahí. Y podrían situarse, si encuentran un lugar vacío, para ser testigos, una vez más, del hecho cumbre que conmemoramos estos días: la muerte de Cristo.

¡Oh, sí! Cada rincón de nuestras plazas, cada metro de nuestras calles por donde pasa ese Crucificado sublime que la Agrupación de Cofradías ha elegido este año para su cartel de Semana Santa, el Cristo de la Expiración, cada palmo de su itinerario se convierte con su presencia en un Gólgota, y la muchedumbre en muchedumbre sobrecogida que siente erizársele la piel al contemplarlo.

No es prodigio del arte, no es madera  
que las manos del genio modelaron.

Cristo muere, es hombre que agoniza,  
que se acaba del todo en mi presencia.

Esa angustia infinita de sus ojos  
que, ávidos, quieren apurar miradas,  
no es sólo efecto del buril artista,

—lo siento, lo presiento, lo adivino—  
hay en su fondo luz y pensamiento,  
hay lágrimas que esperan contenidas  
una tregua, quizás, en la batalla  
para poder brotar en manso llanto.  
No es sueño, es realidad: el Maestro expira.  
La lacerada carne de su pecho  
en estertores de morir se agita  
y en sus cárdenos labios se estremece,  
ronco y sin fuerzas, el postrer aliento.  
La Vida se nos va —yo soy testigo—  
(esa imagen no es obra del artista).  
La muerte —hielo y fuego— se derrama  
tiniebla y rigidez hasta los miembros.  
Cristo muere —¡y muere en mi presencia!—  
(hay un Gólgota, ¡oh Cristo!, en cada lecho).  
El carro de tu imagen, el Calvario;  
y el sollozo que apenas se reprime,  
es el grito de horror, es el lamento  
de tus hombres hermanos que presienten  
su propia finitud en tu agonía.

Una urgencia de llanto que me oprime  
nubla en agua mis ojos, y tu imagen,  
¡oh Cristo!, se me clava, se me clava,  
definitiva y sola, para siempre,  
como esencia que impregna mis sentidos,  
para darle a mi muerte un nuevo cauce,  
¡A la muerte de todos, Cristo mío,  
que esperamos la vida de tu muerte!

¡Jueves Santo!... Los que han huído de la “pesadez” de estos días, “del palizón” que se pega uno aguantando de pie el paso de las procesiones, sufriendo sentado la obligada inmovilidad, los empujones de la gente, el cansancio hasta el agotamiento (y así es, en efecto, para los que han perdido el sentido de lo popular), se han privado también del gozo que supone la contemplación del desfile procesional de la Cofradía de la Vera-Cruz, ese

desfile que hizo exclamar el pasado año a nuestro insigne pregonero, Manuel López Pérez: "Cofradía de la Vera-Cruz. Raíz y origen de nuestra Semana Santa, sencillez franciscana del siglo XVI, cambiada con el correr de los tiempos en la estampa incomparable de una Andalucía que necesita embriagarse de azahar, de incienso y de luz, para poder asumir plenamente los Dolores de María".

Se han privado los que han huído, de ese recreo que es para los ojos, de ese soplo de gracia, ese perfume de elegancia para el espíritu el paso en nuestros desfiles —¡ya sólo en los desfiles procesionales, que pena! de las mujeres vistiendo la típica, la señorial mantilla andaluza. A ellas quiero dedicarle este retrato breve de mi "Jaenera con mantilla".

Desde el airoso alcor de la peineta  
con el cabello en gozoso maridaje,  
ingrávido cendal, nube de encaje,  
envuelve en la mantilla su silueta.

En una mano, desmayada, aquieta  
un cirio, como cetro en homenaje  
rendido, y la otra mano, a que se alhaje  
en nácar de un rosario, al seno aprieta.

No hurta la mirada ni la humilla.  
Su acompasado paso nos parece  
arrogancia de niña o de paloma.

Pero hay tras el cendal de esa mantilla  
un rostro de mujer que palidece  
y una furtiva lágrima que asoma.

Si en la vida de los pueblos, en el cíclico devenir de sus días, hay una fecha que se pueda destacar como vértice, como línea divisoria de lo de antes y lo de después; si hay un momento que concentre como un foco todas las líneas definidoras del espíritu de ese pueblo, de su ser y de su sentir, para nuestro pueblo, para nuestro Jaén, no cabe duda que ese momento, ese día, es el que se extiende desde la larga madrugada hasta la anochecida del Viernes Santo.

Durante este tiempo, imposible de ser medido con la precisión matemática de los instrumentos mecánicos, porque su dimensión trasciende todo lo material, en Jaén se opera una transformación que no vuelve a repetirse en ningún otro momento de su vida ciudadana.

Todos y cada uno de nosotros, individual y corporativamente, vecindario, familia, estamento social, nos hacemos pueblo, nos convertimos en muchedumbre. Un pueblo una muchedumbre que no puede contenerse en los límites de un habitáculo doméstico; por eso convierte la calle, la Ciudad entera, en su natural y necesario domicilio. Con una sola, con una única ocupación y preocupación: ver a Jesús, hallar un lugar lo más eficaz posible para ver a Jesús. No importa la hora ni la distancia. Lo importante es verlo, estar cerca de El si no se ha tenido la oportunidad o la decisión de ir con El, detrás de El, debajo de El.

Debajo de El, como van los promitentes. A ellos quiero dedicarles este poema:

¿Veis ese hombre casi derrengado  
que limpia de su cuello  
el último sudor con la toalla?  
Ese que lleva en la mano enrojecida  
una rosa que tiembla, como un labio,  
como un ala que ensaya  
definitivos vuelos.

Vedlo ordenar la crencha  
que se le derramaba por la frente  
y alisarse las mangas de su sayo  
y llevarse a la altura de la boca  
el cáliz de la flor; cómo la besa  
con unción de reliquia o de trofeo.

En el rostro  
se le queda colgada una sonrisa  
como la de los héroes en la hora  
de su entrada triunfal bajo los arcos.  
Pero no es un atleta,  
ni un gladiador de falcata empapada



en la sangrienta arena de los circos;  
no es un lidiador que vuelve,  
victorioso, del último torneo  
Es un hombre, quizá desconocido,  
un hombre muy distante de epopeyas,  
un hombre que apacienta  
su tedioso rebaño de rutinas.

Pero un día,  
descubrió en los repliegues de sí mismo  
una extraña simiente de esperanza,  
y la quiso salvar de la impotencia  
de sus brazos de hombre,  
de sus fuerzas de hombre,  
de su destino de hombre limitado...  
Y la quiso salvar... Comprarle al cielo  
la certidumbre de su cosecha, a cambio  
de la pobre monda de su carne.  
—“Aquí tienes mi músculo —le dijo—  
y el andamio febril de mi esqueleto.  
Yo sostendré, lo mismo que un atlante,  
tu carroza, tu trono,  
y seré de tu nave  
un remero forzado.  
A golpe de sudores,  
te llevaré a mis ríos  
de asfalto entre riberas  
de otras carnes postradas en silencios  
o en susurros de amor estremecido.  
Y meceré tu nave  
al ritmo que en mi pecho  
me marque el corazón mientras camino  
al lado de los otros.  
El mástil que tu llevas  
como una Cruz, ¡oh Capitán celeste!,  
sobre el arqueado puente de tus hombros,  
será en el alba fría  
o en la dorada luz de la mañana,  
el péndulo que cuente

los pasos y las horas  
de nuestra infatigable singladura.  
Y cuando ya te deje,  
¡oh nave nazarena!  
anclada nuevamente para un año  
en tu puerto de esperas,  
sentiré florecida mi esperanza  
en esta tierra de mi carne hendida”.

Y por eso sonrío  
este desconocido que ahora enjuga  
el sudor de su cuello,  
mientras tiembla en su mano  
esa flor como un ala,  
como un labio que ensaya  
plegarias imposibles.

Recuerda, una a una,  
las horas de su vida:  
toda su vida estuvo, en unas horas,  
condensada debajo de ese trono.

Tensas todas las fibras de su carne,  
arrastrando, entre desasosiegos,  
los piés sobre los mármoles gastados  
por muchos pasos de angustias y de dudas,  
ha nacido este hombre  
a la gran madrugada,  
la madrugada única  
de los escalofríos  
de las generaciones.

Un aliento  
denso de muchedumbres,  
un sollozo  
apenas contenido,  
traspasa los morados terciopelos  
y le envuelve la piel y le espolea  
la sangre y le propicia  
la lágrima primera.

Empieza la andadura de este hombre  
que tiene una esperanza.  
Allá arriba  
parpadearán, acaso, las estrellas,  
y las blancas aristas de las torres  
serán los centinelas de las horas,  
y se habrán encendido los pabilos  
de millares de cetros verticales,  
y una teoría infinita  
de negros caperuces  
alzarán paralelas cordilleras.  
Pero él sólo tiene  
una cuarta de tierra o de guijarro  
para su torpe paso de remero;  
sólo tiene un alma de cien ojos  
que se escapa  
de su estrecha prisión y que contempla,  
libre ya de la angustia y la fatiga,  
esos pálidos rostros esculpidos  
como un mural gigante en las rugosas  
piedras de los cantones;  
contempla  
las flores de mil labios que palpitan,  
ensayando el suspiro o la plegaria;  
contempla  
esos ojos atónitos que miran  
más allá de los tiempos y los espacios,  
que miran una escena que ya vieron  
cuando eran otros ojos,  
y otras albas  
se derramaban también desde otros montes.

El sólo tiene  
una cuarta de asfalto o de ladrillo  
para su rítmico paso de remero;  
pero la nave avanza  
y escinde con su quilla  
un agitado mar, un mar inmenso

de millares de gotas, de millares  
de corazones trabados que se yerguen  
como una sola ola levantada  
por una antigua fuerza irresistible.

Arriba,

ya será el sol un resplandor de oros,  
una feria de brillos  
en las aureas conteras  
de ese mástil cruzado que se mece,  
en las agujas de todas las gavillas,  
y en todos los metales,  
y en todos los bordados;  
pero este hombre,  
este desconocido que camina  
como un forzado, sujeto a la galera,  
no los ve, porque tiene  
los cien ojos del alma derramados  
en la incontable fila  
de forzados que llevan,  
que llevan, también ellos, su esperanza  
desnuda, como el pie, sobre el asfalto.

No los ve, porque tiene  
los cien ojos del alma estremecida  
fijos en la cubierta de la nave,  
por no perder ni un punto la mirada  
enamorada del Alto Marinero.

Entre el episodio procesional del Santo Entierro, (este año le toca su turno al Cristo yacente que modeló ese gran artista que es Constantino Ungueti, que puso en él toda su sensibilidad, todo su profundo fervor religioso), desde el entierro de Cristo en la tarde, cargada de lágrimas y de recuerdos tristes del Viernes Santo, desde esa procesión "oficial" a la que debiera acudir todo el pueblo, pero que suele ser la menos concurrida de todas, y la procesión del Resucitado, el domingo que pone punto final, glorioso, exultante a nuestra Semana Santa entre el voltear de las campanas, y la alegría de la celebración pascual que invade las almas como el advenimiento de una

primavera del espíritu; entre estos dos momentos: la oscuridad del sepulcro y la luz de la resurrección, aún queda por exaltar en nuestra rápida evocación emocionada, torpe y con tantas lagunas y olvidos, la procesión de la tarde del Viernes, la Soledad.

A ella hemos querido reservarle este último poema que voy a leer como un homenaje de amor, primero a Ella, a la Madre de todos los hombres redimidos con el dolor, el tormento y la muerte de Jesús. Y después, a todas las madres que tantas veces redimen a sus hijos con su propio dolor.

### La Soledad

Esa Mujer  
penosamente erguida  
que viene bajo un cielo  
de terciopelo oscuro;  
bellísima, de rostro  
surcado por las lágrimas  
que brillan a la luz de las candelas;  
esa Dama  
de espiritadas manos que parecen  
dos palomas ungidas  
para un místico vuelo  
sobre un nido de nieves y puñales.  
Esa imagen  
que llega desde un sueño muy remoto  
cuando el llanto del hombre se enjugaba  
en regazos maternos;  
esa imagen, o acaso,  
algo más que una imagen, tan humana,  
se llama Soledad.

Es toda ella  
una angustiada soledad; es ella  
un único universo solitario.  
Es tanta soledad que no le cabe  
toda en el corazón y se desborda.

Se llama Soledad y viene sola,

completamente sola en compañía  
de muchas soledades.

Viene sola,  
todos los viernes, en las anochecidas,  
desde hace veinte siglos, viene sola,  
baja sola de todos los Calvarios,  
—desde hace veinte siglos—  
como las madres vienen, siempre solas,  
de dejar a los hijos muertos en la tierra:  
como vienen las madres,  
arrastradas, llevadas, empujadas,  
insensibles y mudas,  
después de haber dejado  
el fruto de su vientre  
en el estéril hueco de la tierra.

Así esta imagen, esta Mujer inmóvil  
que hemos puesto en un campo  
de absurdos tulipanes encendidos,  
esta Mujer que hemos coronado  
con nuestra triste vanidad inútil,  
hace ya muchos siglos, cada viernes,  
bajo un cielo fingido  
de oscuros terciopelos,  
recorre sola —Soledad se llama—  
nuestras calles mil veces arruinadas  
y mil veces  
empedradas de nuevo.

Recorre nuestras calles.  
Y pregunta,  
desde esa compostura de gran dama  
que le hemos otorgado,  
como una madre más, la voz quebrada  
y la angustia nublándole los ojos,  
les pregunta a los hijos de los hijos:  
¿Dónde me lo habéis puesto?  
¿Dónde, dónde?

¿En qué rincón oscuro  
de vuestro desamor lo tenéis preso?  
¿De qué andamio sangriento  
habéis quitado este edificio mío  
que alcé yo piedra a piedra,  
total arquitectura de mi entraña?

Y un eco de mil voces,  
una voz de mil madres, despertada  
de un dolor silencioso,  
de un dolor solitario y reprimido,  
se alza de cada esquina,  
de cada murallón, de cada lecho,  
de cada enfermería,  
de cada campo de guerra y cada cárcel,  
de cada pozo, de cada carretera...

Una voz de mil madres  
suena en la voz de esta Mujer que pasa  
cada viernes, desde hace veinte siglos,  
sola por nuestras calles...

No, no va sola.

Un cortejo infinito  
de mujeres que estrujan en sus manos  
las marchitadas flores  
de la última ofrenda,  
pasa también, sin cirios, sin mantillas,  
en una oscuridad de soledades,  
detrás de esta Soledad divina.